

Precio 15 céntimos



ARTISTA DE ZARZUELA



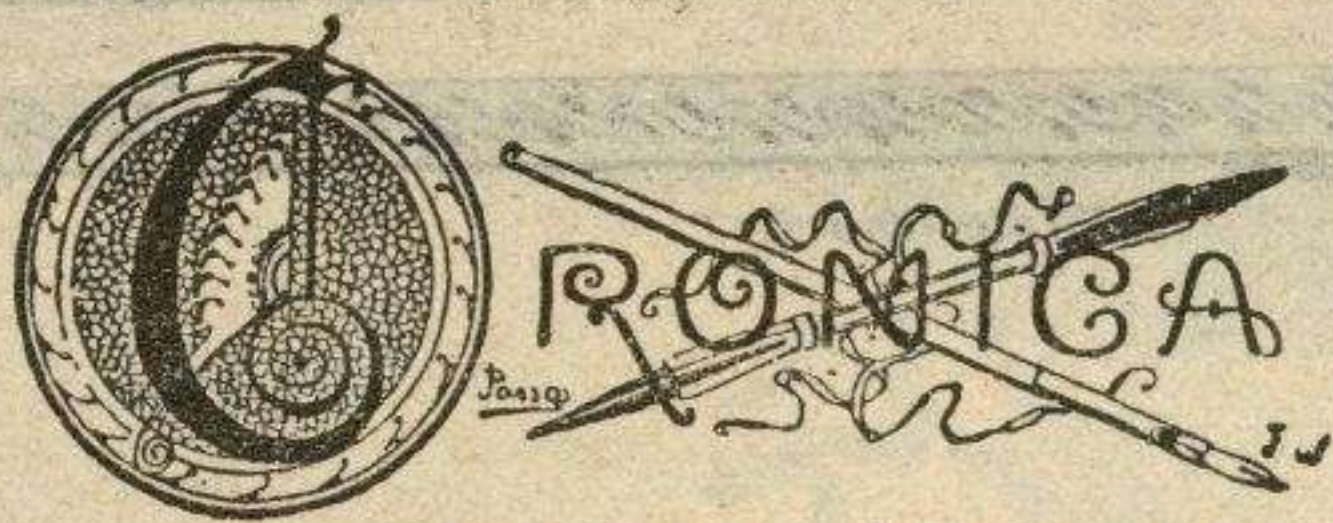
Dolores Abril

LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

DIRECTOR LITERARIO: DANIEL ORTIZ

Toda la correspondencia se dirigirá á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—BARCELONA



En los Estados Unidos ¡naturalmente que había de ser allí! ha muerto un alemán, no en salsa como el de *Los Sobrinos*, sinó de risa.

Llegó á Nueva York y se avistó, mediante la presentación de un amigo, con un ciudadano que contaba cuentos con mucha gracia.

Michel Schwartz se llamaba el cuentista.

Y esto me hace recordar que tenemos en Barcelona un Michel que ha sido concejal ¡buena magra! y un Schwartz que lo es en el actual momento histórico. Pero ni juntos ni á solas tienen estos dos ciudadanos nada que ver con el de los Estados Unidos. Todo lo contrario; estos de por acá no hacen reír, y, sobre todo el primero, suele hacer llorar.

Volvamos á nuestro cuento.

Michel dijo tales cosas á Loreman, que así se llamaba el prusiano, que éste, no pudiéndose contener, soltó el trapo... y se murió.

Sí, señores, se murió de risa, cosa que no he conseguido yo todavía y eso que vivo en España.

Un yankee metido á gracioso, debe ser una cosa así como si Cánovas se metiese á sustituir á Vico.

La verdad es que Loreman con la boca hasta las orejas, saltándosele las lágrimas, haciendo gestos y contorsiones, entregó su alma al Creador.

¿Qué le contaría el norte-americano para hacerle tanta gracia?

Lo supongo.

Le diría que Concha Castañera es ministro de Hacienda en España, ó que Martínez Campos está escribiendo un folleto sobre el alcohol de patata, ó que Nido ha rechazado un nombramiento de lotero para Filipinas, ó que el P. Muiños se ha metido á puntillero de Lagartijo, ó, finalmente, que la Pardo Bazán ha sentado plaza de *Fragosa* en la literatura. Alguna cosa muy cómica debe de haber sido.

Yo no sé lo que puede hacer la familia del alemán contra el yankee, si acude en queja á los tribunales de justicia.

Matar á un hombre, aunque sea de risa, debe tener una penalidad en aquella próspera República.

Aquí no. Ya se sabe que puede uno morir escuchando á Dominguito García, ó á Rosell, ó á la Pepa Guerra, sin que intervenga la *señá* Astrea para nada.

Morirse de risa, se entiende.

El anarquismo en Londres.

Así como á los franceses anarquistas les dá por la dinamita y á los españoles por el clorato de potasa, á los revolucionarios del Reino Unido les dá por el cloroformo.

Un anarquista de Valsale fué detenido en Londres llevando un frasquito de esa sustancia.

¿Para qué quieren los Ravacholes ingleses el cloroformo? Pues los periódicos de aquel país nos lo dicen.

Para cloroformizar y secuestrar á los funcionarios del Gobierno y á los extranjeros notables que viajan por Inglaterra. Nada más que para eso.

¿Y con qué objeto? Con el de conservarlos como rehenes, constituyendo un tesoro de inapreciable valor para el partido anarquista.

Y estas sandeces las escriben en serio los periódicos ingleses.

Que *La Epoca*, *El Diario de Barcelona*, y sobre todo, la desdichada *Dinastia* escribieran esas cosas, se comprende. ¡Pero las graves hojas británicas!...

Ya me estoy figurando el modo de trabajar de aquellos anarquistas.

Irán con un frasco de cloroformo en una mano y un gran saco en la otra; verán á un lord inglés, le harán oler el narcótico, él caerá desplomado... ¡y al saco!

Esta operación la repetirán cinco ó seis veces al día, y á la semana no habrá miembro de los Comunes ó de los Pares que no se halle en poder del anarquismo.

Supongo que tendrán un inmenso almacén para depositar esos... fardos burgueses.

Con tales rehenes, luego podrán pedir la mar y sus arenas, y hasta la *bianca luna*.

Hay que confesar que el anarquismo es bien demolidor cuando llega hasta á trastornar las cabezas de los periodistas ingleses.

¡Si todos fueran como este cura!...

Para sorpresas las de algunos maridos parisienses. A uno de ellos se le había escapado la mujer, que era una cascabelera.

El honrado sujeto, al no tener noticias de su cónyuge, supuso, y supuso razonablemente, que la fugitiva se había muerto ó había pasado á lejanas regiones.

¿Cuál no sería su sorpresa cuando el otro día, al pasear por una feria de los alrededores de París, le dijo uno de sus hijos, señalando los retratos que había en una barraca de saltimbánquis: ¡Caspitina, esta es mamá!

Fijose el marido en el retrato y, efectivamente, vió la fotografía de su amada esposa, vestida de salvaje, y al pié de ella esta inscripción: *La bella Feridgé, especialista en la danza del vientre*.

¿Qué hacer en semejante caso? El marido estuvo por entrar en el barracón y sacudir un chaleco de palos á su amada esposa, pero como buen filósofo, se contentó con llevar allá un notario, hacer levantar acta de que su señora bailaba la danza del vientre, sin perjuicio de todos los demás bailes, y pedir luego el divorcio.

El Tribunal le ha concedido lo que pedía y ahí tienen ustedes un marido libre, feliz é independiente.

La bella *Feridgé* continuará haciendo contorsiones con la prosaica barriga sin miedo al follón de su marido.

Y vean ustedes cómo se arreglan todos los líos mediante el divorcio.

¡Ay, si aquí se tomaran tan filosóficamente las cosas!...

* * *

En Baltimore (Estados Unidos, *cela va sans dire*) murió un velocipedista y dejó dicho en su testamento que le enterrasen, no, digo mal, que le llevaran al cementerio en triciclo, acompañado de todos los velocipedistas de su club.

Así lo hicieron.

Más de doscientos individuos montados en bicicletas iban tocando al unísono una marcha fúnebre con el cuerno de que se sirven para avisar al descuidado transeunte. Se titulaba la pieza: *la marcha del asta*. Después iba el cuerpo, ó *calabre*, en una caja colocada sobre un triciclo movido por el petróleo. Luego, la familia del difunto montada sobre caballos de ruedas, y por último un respetable público que se iba *chuleando* del muerto y de los ciclistas.

Esos, esos entierros son amenos y no los que se llevan á cabo en España, llenos de ridícula gravedad.

La muerte hay que tomarla así en guasa y sobre dos ruedas.

Todo lo demás es hacerla aborrecible.

Por eso siento no ser yo uno de esos flacos por los que perturban los paseos y vías públicas con sus caballos de ruedas, porque no voy á poderme hacer llevar al cementerio el día en que *me desplome*, en un triciclo, como ese ciudadano de Baltimore.

¡Ay, quien fuera velocipedista!

ELIDAN.

FASES DE LA JUVENTUD

I

Un honrado comerciante
seis hijos llegó á tener,
y alcanzaron á ser ricos
por su buen padre los seis.

Mas la casa, levantada
con trabajo y buena fé,
por mal giro de un negocio
se derrumbó de una vez.

Murió el padre, y, de los hijos,
uno solo supo hacer
buen huesped de la pobreza
con la heredada honradez.

Mendigos de lo que fueron,
llegaron su honra á vender
los otros, por no ir buscando
en el infortunio el bien.

Que en el mundo en que sucumbe
la virtud por la altivez,
á ser pobres muchos llegan
y pocos lo saben ser.

II

Un opulento banquero
su infortunio lamentaba
porque, aunque rico, no hallaba
ningún placer duradero.

Con su inmenso poderío
goces al mundo compró,
mas, trás el goce, sufrió
los tormentos del hastío.

Ya en su estéril existencia
todo lo hallaba pequeño,
y hasta le robaba el sueño
la inquietud de la conciencia.

Llevó á un pobre cierto día
de una limosna el consuelo,
y el don recibió del cielo
que en vano al mundo pedía.

Sus deseos vió saciados,
y esta vez el poderoso
durmió con el sueño hermoso
de los bienaventurados.

Oro, poder, juventud,
no dán esta santa calma
que solo disfruta el alma
practicando la virtud.

III

Ley es el trabajo, impuesta
por Dios al hombre caído,
de esa ley siempre el olvido
el dolor al hombre cuesta.

Que pronto llega el hastío
del ocio en la torpe calma,
y el alma sufre, que el alma
ve con horror el vacío.

Y ella el liviano deseo
de los sentidos no escucha,
pues solo en la noble lucha
encuentra su digno empleo.

Y así, del alma en honor,
el bien al trabajo asocio,
pues aquel que huye del ocio
huye también del dolor.

Y el trabajo es la inocencia,
y sus obras un espejo
donde halla santo reflejo
la calma de la conciencia.

¿Quién, pues, cerrará su historia
tumba en el placer buscando,
si tan solo trabajando
se puede morir con gloria?

¡Ley santa! Yo tus rigores
con profundo afán bendigo;
que al amor de tu castigo
mata el alma sus dolores.

E. BUSTILLO.

LA CURA RADICAL

I.

Pepe es un esposo modelo, un verdadero ángel,
una paloma sin hiel.

Pero que no le toquen al bolsillo. Antes de gastar
un peseta, prefiere que le saquen un riñón ó que le
vayan arrancando con unas pinzas los pelillos de la
nariz.

La bondad de Pepe es tan grande, que vive con
su suegra doña Genara hace tres años y medio, y no
la ha matado todavía, ni siquiera le ha tirado una
silla á la cabeza.

—Pepe—le dice todos los días, desde que ha
empezado el verano—tú no te fijas en mi fisonomía.
Yo me desmejoro á ojos vistas... Yo no como mas
que legumbres: yo tengo una opresión horrible... Yo
necesito tomar aguas sulfurosas.

—Los viajes cuestan un dineral— contesta él.

—La salud es lo primero, Pepe. Tú tienes que
cumplir deberes de familia, como yerno carñoso.

A doña Genara se le ha metido en la cabeza que
ha de hacer un viaje, pero son inútiles sus esfuerzos.
¡Bueno es Pepe para desembolsar un cuarto, aunque
se hunda el firmamento!

Doña Genara sigue quejándose del vientre á todas

MENTIRAS POÉTICAS



Así nos pintan á los trovadores.

MENTIRAS POÉTICAS



Así eran.

horas y anda por los rincones haciendo como que se desmaya y que le dan vahidos.

—¡Pobrecita mamá! —dice la esposa de Pepe.— De día en día se la ve perder carnes. Antes tenía un color hermoso y ahora parece que la han untado con cera virgen. ¡Ay Pepe!... Tú no tienes consideración ni cariño á tu familia.

II.

Doña Genara no consigue excitar la compasión de su yerno y ha pensado apurar todos los recursos hasta verlo caer á sus piés conmovido.

—Yo he de conmovertle aunque tenga para ello que apelar al engaño— se ha dicho á solas.

Y cuando más descuidados están todos se deja caer al suelo, como herida por el rayo, y comienza á echar espuma por la boca y á agitarse convulsivamente.

—Mamá se va á morir un día de estos —dice Angelita, la esposa de Pepe, enjugándose las lágrimas.— ¡Que vayan á buscar al médico!

—No —contesta Pepe,— que le den unas friegas en la espina dorsal con una tohalla.

—Mamá necesita asistencia facultativa.

—¡Quiá! Los médicos cobran mucho.

III.

¡Qué noche ha pasado doña Genara, según ha dicho ella misma!

¡Qué manera de sudar frio! ¡Qué dolores tan agudos! ¡Qué excitación nerviosa!

—Pepe —ha dicho á su yerno:— Yo me voy á morir. Me lo avisa el corazón. Quizás los baños sulfurosos harían cambiar mi naturaleza....

Pepe giró sobre sus talones sin pronunciar una sola palabra.

—¡Es inútil! —murmuró la suegra dejando caer los brazos á lo largo del cuerpo en señal de desesperación.

Y decidió sentarse á la mesa y no tomar alimento alguno.

—¿Quiere usted sopa? le preguntaba Pepe.

—¡Ay! No... Al ver la comida se me revuelve todo lo que tengo dentro.

—¿Quiere usted cocido?

—¡Jamás!

—¡Le traigo á usted merluza!

—¡Antes la muerte!

A solas en la cocina, doña Genara comía todo lo que encontraba por delante; desde el pan mojado con aceite hasta los tomates crudos.

IV.

—Es necesario que este hombre se decida— dijo una noche doña Genara.

—¿Cómo? preguntó Angelita.

—Voy á fingir un ataque de nervios gravísimo. Ayúdame tú, y que venga el médico si es necesario.

Cuando Pepe entró en su casa, aquello era una desolación. Angelita vertía llanto á torrentes: doña Genara se había metido en el lecho y entre espumarajos y quejidos, decía que se iba á morir de un momento á otro. Hasta la criada, presa de la mayor inquietud, andaba de un lado para otro, con la botella del vinagre en una mano y un paquete de hilas en la otra.

—¡Ay, señorito! —exclamó al ver entrar á su amo.— La señora está muy malita.

—Pepe, Pepe mío —grita Angelita.— Mamá se nos va.

—¿A dónde?

—Al otro mundo.

—Pero...

—Nunca la he visto como hoy. Ha mordido al perro, ha querido abalanzarse sobre la chica....

—¿Será la hidrofobia?

—No: es la falta de baños sulfurosos-termales. ¿Quieres que vaya á buscar el médico?

—¿El médico?

—Sí; puede que coniga calmar el ataque.

Pepe se vió en la necesidad de asentir.

Y salió la criada á toda velocidad en busca del doctor.

V.

—Veamos la lengua,— decía diez minutos después don Homobono distinguido doctor en medicina y cirugía.

—¡Brr!— contestaba la suegra rechinando los dientes.

—¡Ay!— exclamaba Angelita apoyándose en la cómoda.

—Ya sé lo que tiene esta señora,— dijo don Homobono con solemnidad.

—¿Qué?— preguntó Angelita

—Un amago de congestión cerebral.

Doña Genara palideció debajo del embozo de la sábana.

—¿Una congestión?— preguntó Angelita.

—Seguramente.

—¿Cree usted que la convendría salir de Madrid?

—De ninguna manera.

—¿Cómo?

—Hay que ponerle inmediatamente....

—¿Qué?

—Dos docenas de sanguijuelas.

Doña Genara dió un salto y cayó pesadamente sobre la almohada, como si acabasen de darle la puntilla.

Y diez minutos después un practicante hábil le ponía las veinticuatro sanguijuelas en la boca del estómago.

LUÍS TABOADA.

CONVERSACIÓN

—Tenga usted muy buenas tardes, señá Malena.

—Hola, Juana.

—¿Cómo está el hombre?

—Tan bueno.

—¿Cuándo viene?

—Pa las Pascuas.

—¡Tendrá usted gana de verlo!

—¡Demontre si tengo ganas!

Como que va á hacer diez años que lo llevaron de casa.

¡Y es más bueno!

—Sí, eso icen.

—En seis meses de casada nunca me ha tocao el pelo de la ropa.

—Pus es ganga.

Y sabe Dios cuando venga cómo estará, porque cambian el carácter, esos tratos que los dan en Ceuta.

—¡Vaya!

El mío no llegó á Ceuta, no estuvo más que en Granada, pero ¡ay hijal! le pusieron que ya ni un santo le aguanta.

—Pus eso es lo que yo temo, porque aunque él era una malva,

se pierde mucha ecencia
entre los cabos de vara.

—¿Y por qué fué?

—Pus por mor
de una cuestión de baraja,
¡No es que fuera un viciosote!
¿sabe usted? pero pasaba
los domingos ahí enfrente
en la taberna del Chapa
á matar tres ú cuatro horas
jugando al mus y, por nada,
una tarde él y el difunto
se trabaron de palabras,
sobre si quieres la grande
ó si me has visto las cartas,
y ¡claro! el hombre es un hombre
si le dicen que hace trampas
y no las hace, se enrita...

—Es claro, y aunque las haga.

—Bueno, pues el caso fué
que tiraron de navajas,
y el mío, que era una fiera,
le cogió al difunto en mala
disposición y ¡zis! ¡zas!
le pegó seis puñaladas
en el vientre.

—¡Buena mano!

—A las dos horas ya estaba
de cuerpo presente. El mío
se escapó á Guadalajara
y allí estuvo cuatro días
en casa de mi cuñada,
pero al cabo lo cogieron...
¡Ay! yo me puse muy mala
cuando entró en el *Abanico*
atado y entre dos guardias.
Dimpués, como usted ya sabe
lo que es la justicia...

—¡Vaya
si lo sé, señá Manuela!
¡ojalá que lo inorara!
—Le empapelaron al pobre
pa ver si lo fastidiaban
y lo tuvieron un año
metío en aquella jaula.
Ademàs le tocó en suerte
un abogao sin palabras
que se cortó y no sabía
mayormente lo que hablaba...
lo cual que le condenaron
pa toa la vida.

—¡Caramba!
—¿Pus cómo es que viene?

—¡Ay, hija!
porque yo no soy tan pava
como paezco, y á fuerza
de llamar en muchas casas
y ver á muchos señores
que tién en eso vara alta
le han cogío tres indultos
y... me le envían á casa.
Lo peor es que será
por poco tiempo.

—¿Se marcha
otra vez?

—Sí, porque ha dicho
que el mismo día que salga,
pa quedar bien necesi'a
cortar el gañote al Chapa,
porque declaró en el juicio
lo que á nadie le importaba,
y es sabido que no es hombre

de faltar á su palabra.
Vaya, que salga con bien,
señá Malena.

—Adios, Juana.

SINESIO DELGADO

EL CHILÍN

Nada más aburrido que estar con la pluma en la mano, delante de unas cuartillas de papel, con la obligación de escribir un artículo, no hallando materia sobre que disertar, ni un tipo que describir ni una escena que fotografiar.

Una cosa así me está sucediendo en este momento. Y es que hay días en que parece que se le vela á uno el cerebro de nubes.

¿De qué escribir? ¿Sobre hazañas de suegras y caseros? Es tema que ya cansa. ¿A propósito de coches? No, porque sin querer se nos puede ir la mano y tratarlos como se merecen.

En estas cavilaciones me hallo cuando siento que abren la puerta de la escalera. Es la criada que viene de la compra; tras ella entran tres perros.

—¿Qué es esto?—pregunto.

—El Chilín que ha recogido estos dos por el camino.

Y así es: tengo un perro que es una curiosidad; tiene la simpatía de todos los de su raza.

Yo no sé qué lenguaje habla á los suyos, qué razones persuasivas les da, qué cosas les dice; pero lo cierto es que no sale una vez á la calle que á la vuelta no venga acompañado de uno ó dos canes. Y siempre diferentes; nunca trae uno dos veces.

Lo que yo hago entonces es poner en la puerta de la escalera á los intrusos, á donde les sale á despedir el Chilín con miradas de amistad y gestos de alegría...

¡Calle! ¿No andaba yo buscando asunto para un artículo? Pues hablemos del Chilín y relatemos sus hechos, que si no son extraordinarios no dejan de ser entretenidos.

Hará cosa de cinco ó seis meses, al retirarme á deshora á casa noté que me seguía un perro. Le llamé, y en vez de acercarse echó á correr.

No volví á hacer caso, llegué al portal, me abrió el vigilante, subí las escaleras y al abrir la puerta de casa, noté que algo se deslizaba por entre mis piernas. Era el perro.

Yo no sé cómo se la pegó al vigilante y como me la pegó á mí, pero él se encontró en mi casa por arte de encantamiento.

Le hice una caricia que soportó mirándome con recelo y como temblando de miedo.

Durmió sobre una estera y al día siguiente examiné mi hallazgo. El tal Chilín —que así fué bautizado en casa— era feo de veras: largo de cuerpo, con las patitas pequeñas, las orejas levantadas y la cola vuelta como una trompa de caza. Lo que tenía en su abono era un pelo limpio y finísimo y una mirada muy inteligente.

Hice poner el Chilín de patitas en la calle, pero á la media hora estaba ya de vuelta. Yo no sé por donde se metía.

En fin, que no le pudimos echar.

No conozco á sus primitivos amos, pero debían tratarle de muy mala manera. El Chilín siempre estaba asustado. Me veía levantar la mano para atusarme el bigote ó para rascarme, y ya daba él un salto de un metro y se marchaba escamado.

Movía uno una silla, y nuevo espanto del Chilín.

GALERIA ARTÍSTICA



UN MATRIMONIO DE CONVENIENCIA

Aquel perro vivía en un perpétuo susto.

Mas poco á poco se fué humanizando y hoy como el general aquel de *De potencia á potencia*, vive tranquilo, sin miedo, le respetan y es feliz.

El Chilín es eminentemente limpio, por eso se conquistó las simpatías de todos los de casa.

Yo le he ido tomando cariño por que voy descubriendo en él una inteligencia de marullero.

En este momento, que está á mis piés, levanta la cabeza y me mira como diciendo: ya sé lo que estás escribiendo.

El Chilín tiene horror á los laceros; sin duda le han cogido con el lazo en otro tiempo. Cuando los vé, toma carrera hasta la primera esquina; allí se para y asoma la cabeza nada más, siguiendo todos los movimientos de los perricidas. Si estos se dirigen hacia donde él está, corre de nuevo hasta otra esquina, desde donde continua vigilando. Parece como si jugase al escondite.

Cuando se topa de manos á boca con ellos y éstos le quieren dar caza cercándole, nunca le falta una tienda donde esconderse, y si se ve allí perseguido se mete hasta debajo de las faldas de la tendera. Los laceros se la han jurado, pero él hasta ahora sa'e triunfante, con gran aplauso del barrio que sigue las peripecias de la lucha, y todo él está al lado de mi perro.

El Chilín apenas come, y si come es un poco de carne: por lo visto se alimenta de ilusiones.

Es tan popular entre los de su raza, que siempre está rodeado de ocho ó diez compañeros, ¡siempre distintos! Para mí tengo que el Chilín es un conspirador de los más peligrosos, que prepara un golpe de mano.

Que les habla en su lengua es seguro. ¿Pero, qué les dirá?

Nada más que una vez ha estado enamorado el Chilín. Una perra de la vecindad le flechó, pero dió con una Lucrecia, y después de haber llorado á los balcones de su amada (por que el Chilín tenía la ventaja de no ladrar) unos ocho días, abandonó aquellos amores imposibles para dedicarse ¿á qué? Acaso á la política.

Si los perros hubieran de nombrar un diputado, el mío sería el candidato.

Otra cosa tiene nuestro animalito por lo que se hace querer: adora á los niños. Los míos le tienen por compañero en todos sus juegos, y hablan con él y él los entiende tan guapamente. Si juegan á *la limón* ó al escondite, él también es de la partida. ¡Y con qué alegría cuando á él le toca buscarlos recorre la casa hasta que los encuentra á todos! Y allí son de ver los saltos y los estornudos de alegría.

—Chilín, á esconderte en la cocina— le dicen. Y Chilín se va á la cocina— Chilín, á la sala. Y Chilín se va á la sala, ó al gabinete ó al cuarto de los trastos viejos, donde se le mande.

Es un perro que cogido por uno de esos clowns del Circo ecuestre, hubiera asombrado con sus habilidades.

Yo, que al principio le quería echar de casa, hoy tendría un verdadero sentimiento si se marchase. Hasta su fealdad me cae en gracia.

Y ya ven ustedes como hablando hablando me ha salido el artículo.

Y gracias al Chilín que está durmiendo aquí á mis piés como un bendito.

Y es que anoche trasnochó.

Por que se me había olvidado decir á ustedes que de vez en cuando se pasa la noche fuera de casa, y anoche fué una de ellas.

Nada, que es un conspirador.

Por que no creo que se vaya á jugar ó de picos pardos tan periódicamente.

DANIEL ORTIZ.

MALETERÍA

—Quiero contarte una cosa, que me pasó ayer mañana, mira que fue bueno el caso y que tuvo mucha gracia y que demostró que soy el *gachó* que con más alma pasea su *presonita* por las *ceudades* de España.

Estaba yo *trabajando* para *degoyar* un *áncora*, cuando *diquelé* un retinto de libras y buena facha, que se venía con *pieses* y se arribaba con ganas y, codicioso, el terreno para cojerme cortaba.

Como estaba á *cuerpo limpio* no pude abrirme de capa, y creí tener *cojia*, pero me salvó la maña.

Le dejé que se viniera y cuando ya se *ayegaba*, y estando á *jurisdicción* iba á alargarme la *gaita*, le dí un cambio de terrenos sin moverme de la cara, y antes que se *regolviera* apreté *tóa* la *máquina* á que alcanzan mis *pinreles...* y logré salir de *naja*.

—Pues no sabía que tú tuvieras tanta *jindama*, porque yo sé que toreas y que si conviene matas *tóa* una ganadería, es un *decir*, verbo en gracia, que te sobran *facurtáes* que á muchos otros les faltan, y eso que se gastan *moños* cosa que tú no la gastas porque sabes *destinguir* siempre y cuando *el cristo* sacas. Y *manque* hallaras un toro en condiciones muy malas cual el de ayer, que es *siguro*, que se *juyó* de la Plaza.....

—¿Pero es que tú te *feguras* que era un toro?.. ¡ay, qué gracia! Si era un *menucipal*, que me vió que *trabajaba* y se arrancó tras de mí, pero... dió *solía falsa*.

FEDERICO CANDI

MI PRIMER DESENGAÑO

Adelita y yo éramos amigos de la niñez.

D. Gilberto, su padre, emp'eado de seis mil reales con descuento, había á fuerza de su constante actividad y trabajo, conseguido reunir un crecido capitalito, al par que unos dolores reumáticos que le condujeron al sepulcro.

La esposa de D. Gilberto, mujer de tanta superficialidad como fealdad, era un manojito de celos, y pre-

viendo sin duda alguna infidelidad de su marido se decidió á seguirle pocos meses después, dejando de este modo á la pobre Adela abandonada á solas y á su dolor, aunque en posesión de una renta que la permitía reanudar pañuelos para enjugar las lágrimas.

Estos tristes detalles de la vida de Adela hicieron que de día en día aumentase nuestra simpatía y que nuestra amistad llegase á ser tan grande como desinteresada, es decir, en honor á la verdad debo asegurar que por parte mía no era muy desinteresada, pues mis aspiraciones al principio no eran muy católicas que digamos.

Después de la muerte de sus padres, habíase ido á vivir á una de las casas más céntricas de Madrid y próxima á la que yo entonces habitaba.

Visitaba yo á Adelita con frecuencia, y como el roce engendra el cariño y aquí había mucho roce, claro es, fuí adquiriendo hacia ella una tan amorosa afección que me hizo pensar en las sublimidades, que según los poetas, encierra la vida mirada bajo el prisma del amor.

Mis visitas menudeaban cada vez más, incitado sin duda por sus amables deferencias que al pronto me hicieron creer eran el principio de una otorgación á mis aspiraciones.

Adela vivía sola en su alegre cuartito y esta soledad creí que se prolongaría por mucho tiempo, pero no fué así: una tarde vi que se había aislado de ella, buscando la compañía de una hermosa gatita que según ella me dijo la había regalado un vecino al cual estaba muy agradecida porque la gustaban muchísimo los gatos.

No dejó de chocarme la galantería del tal vecinito, pero mi verdadera sorpresa fué el ver que desde la ventana próxima á la de mi amiga saltó al gabinetito donde nosotros estábamos un gatito negro poniéndose á jugar y á hacer mil monadas con la gatita, monadas que desde mi situación, traduje en amorosas caricias, y en expresivos requiebros del gato, que la gata no rehuía.

Al poco tiempo tres discretos golpecitos dados á la puerta, hicieron á Adelita salir y volver poco después para coger el gato y entregárselo al vecino que era quien nos había interrumpido.

Salí de la casa taciturno y malhumorado, cosas que pensando después más detenidamente comprendí que no tenían fundamento y que solo eran debidas á la verdadera pasión que por Adela sentía.

Al día siguiente fuí á verla como de costumbre y la misma escena de amor de los gatos y los mismos tres golpecitos volvieron á renovar mis dudas, pero ya de una manera violenta; ¡tenía celos!

Después de varios días de observación y ya convencido de que necesariamente á las horas que yo acostumbraba á ir tenía que suceder siempre lo mismo, decidí adelantar la hora de mi visita. Me presenté en su casa por la mañana y entonces pude convencerme de que mis sospechas no eran infundadas: ¡el vecinito y su gato hacían compañía respectivamente á Adela y á su gata!

Y como soy muy malicioso, creí sorprender cierto rubor en Adela, y en su vecino un marcado disgusto que me apresuré á disipar, despidiéndome de ellos cortesmente.

Desde entonces no he vuelto á ver á mi amiga Adela hasta ayer que fuí á visitarla en cumplimiento de un deseo, cumplimiento que me sirvió para enterarme de que á la simpática Adela le gustan cada vez más los gatos, pues ahora tiene en su compañía tres más que antes: dos que son de su gata y uno que es de..... Madrid.

Del vecino y su gato no he vuelto á saber.

VALENTIN MOURO

MUJER AL CÁBO

I.

Nos detuvimos al borde
de profunda y ancha sima
y una rosa me indicaste
que entre zarzales crecía.

Era hermosa; te gustaba,
y yo exponiendo mi vida
conseguí tras mil apuros
arrancar la florecilla.

La deposité en tu mano;
y radiante de alegría
al prenderla en tus cabellos
me dijiste:—Mientras viva,
mi corazón será tuyo
y tuya mi alma y mi vida;
que si azares del destino
á ser perjura me obligan
encontrarás mi cadáver
en el fondo de esta sima.

II.

¿Me cumpliste tu promesa?
No; con singular perfidia
has entregado á otro hombre
alma, corazón y vida ..

Y es tan audaz tu cinismo
y tan grande es tu osadía
que prolongando el paseo
una tarde hasta la sima,
se la mostraste á tu esposo,
te quedaste pensativa
y después queriendo ahogar
recuerdos que mortifican,
le dijiste así de pronto
con escéptica sonrisa:
—En este sitio que estamos
dije yo una tontería.

PASCUAL MONTAGUT

CANTO JONDO

Que quieras que no quieras, el tío Matías tomó la guitarra y después que la hubo templado salió por *siguirillas* gitanas, en las cuales era una especialidad Currito el Sevillano.

Esto ocurrió allá el año 85 á la puerta de una casa de la calle de Mira el Sol, á la una de la madrugada.

Los dos habían estado de copitas y jaleo en casa del Chato, según ellos para preservarse del cólera, según los que les conocían para no perder la costumbre, y á Curro le había dado el vino por cantarse por lo *jondo*, pero como el Chato le tenía más miedo al inspector que á un toro de Miura, apesar de la amistad y el compadrazgo los puso en la del rey y cerró la puerta.

Matías, que lo estaba menos que su compañero, quería *dirse pá* la casa, pero Curro se había propuesto cantarse una de las que quitan el sentío, y casi por la tremenda, obligó á su compadre á sentarse en el escalón de una puerta y *cantarse por tó lo alto*.

Curro se *arrancó* y comenzó el *lastimero* ¡ay! ¡ay! ayayay! ¡ay! ¡marecita mía! ¡ayay! y no pudo terminar por que sobrevino el sereno á interrumpir la melodía.
—¿Amigu, qué le pasa?

PREDICAR EN DESIERTO



Del maestro.



Del político.



Del tutor.



Del amo.

TENORIO DE BARATILLO



— Porque me has llamado hermoso
te sigo. Mas ¿dónde vas?
— ¿Tienes ahí cuatro pesetas?
— Ni un cuarto.
— Vuélvete atrás.



No la deja sola en casa porque está celoso.



— ¿Qué le parece á V. el P. Filemón, doña Panchita?
— A esta edad ¿qué quiere V. que me parezca?

Pero Curro cuando se hizo cargo de quién era el que venía á interrumpirle, siguió su copla, despues de mirar despreciativamente al guardia del reposo público.

—¡Ay... ay... ay... aaaaay!... ¡ay!

—Demonio, este hombre está muy malu.

Matías arrinconado hacía algún tiempo que no punteaba ni rasgueaba, por la razón sencilla de que se había dormido como una marmota.

—¡Ay... ayayayay ay! ¡marecita mía! ¡ay!

—Nada, se muere sin remedio— y el compasivo sereno se puso á tocar el pito desesperadamente.

En esto Curro, á quien los esfuerzos del arranque habían traído el vino á la boca hizo de ésta grifo bautizando á su compadre que despertó, y contagiado también, no tardó en imitarle.

Verlo el sereno y gritar con todas las fuerzas de sus pulmones:

—¡Dus casus de cólera muermo!

Por el extremo de la calle acudían á todo correr una pareja de los del orden y dos serenos.

—¿Qué hay? ¿qué hay?

—Estus dus casus sospechosus!

—¡A hospital!

—¡Avisar la camilla en la casa de socorro más próxima.

Uno de los guardias salió corriendo á este servicio.

En tanto Matías y Curro algo más serenados al verse rodados de serenos y guardias, no hacían más que mirar asombrados. Por fin Curro preguntó.

—¿Ze pué zabé pa qué tanta autoriá?

—Cállese, amigu, que puede ponerse peor.

—¿Pero ez que han venío ustes pa zentirme cantar?

Los serenos y los guardias se miraron y tácitamente convinieron en que á aquel pobre diablo le habían trastornado los dolores que debía sentir.

Llegaron las camillas.

—Pero digasté, compare ¿á quién han jerío?

—¡A callar y adrentu! dijo uno de los guardias.

—Pero....

—Ustedes son dus casos de cólera explosivo.

—¡Ay qué guaza; cuánto mastín, compare! ¡si zemos dos casos de vino tinto!

—¿Y porqué se quejaba diciendo ay... ay... ay...

—Camará, zi me estaba cantando ziguirillas.

—¿Cinguirillas? nun se lo que es esu.

—Puz, hombre, canto jondo.

Matías, que sin duda no había evacuado todo lo que sobraba en su cuerpo, volvió á la carga.

Al observarlo uno de los guardias, con el tono de autoridad más digno de que pudo disponer, volviéndose á los camilleros dijo.

—Bueno, es igual: dos casus de canto jondo: ¡al hospital!

ANTONIO R. LOPEZ



DESDE MADRID

Batiburrillo.

ESPAÑOL.—Con tantos bríos como la anterior, ha inaugurado la segunda temporada, la compañía que dirige Ricardo Calvo.

El día 23, se estrenará la tragedia de Guimerá, *La Judit de Welp*, á la cual deseamos, á fuer de *estómagos agradecidos*, un éxito lisonjero.

COMEDIA.—Después de darnos *la dedada de miel* con la Duse, nos han traído una compañía de mímica que ha debutado con la opereta *L' enfant prodigue* (*El hijo prodigo*). Aunque los actores son inteligentes y desempeñan sus papeles con mucho acierto, la empresa se ha visto en la necesidad de retirarla de los carteles, pues dicha opereta no encaja, ni con mucho, en el gusto del público madrileño.

¡Qué bueno sería este empresario si pudiera hacer adoptar la mímica en el Congreso de los Diputados!

PRINCESA.—Con extraordinario éxito se ha verificado el estreno de la refundición que con el mismo título, ha hecho el Sr. Sellés, de *Las vengadoras*, comedia en tres actos estrenada en 1884.

Han transcurrido ocho años desde que el autor de *El nudo gordiano*, presentó en el teatro de la Comedia la citada obra. El público de entonces, fundándose en ciertos atrevimientos, rechazó la obra. Hoy han cambiado los gustos y el público que asistió al estreno de *Las vengadoras*, lo acogió con entusiasmo. Bien mirado, en la refundición se ha prescindido de quitar á la obra todos aquellos atrevimientos que rechazó el público de 1884; pues si en la escena nos presentan un vicio, claro está que han de presentarle tal cual es; de lo contrario resulta un vicio encubierto.

Tanto en época anterior como en la presente, *Las vengadoras* son una joya literaria; un modelo de dicción castellana.

La interpretación, un nuevo triunfo para la Tubau y Carlota Lamadrid, y una rehabilitación para el señor Sanchez de León, que, aunque no todos, ha dejado muchos de sus defectos, con lo cual nos ha parecido un excelente actor. El resto de la compañía muy bien.

Al final del segundo y tercer acto fué llamado el señor Sellés recibiendo una gran ovación, que se hizo extensiva á los citados actores.

Reciban todos nuestra más sincera enhorabuena.

LARA.—Con éxito extraordinario se ha estrenado el sainete de Luceño *Las recomendaciones*.

La interpretación, pésima; solo Rosario Pino y Larrá, merecen ser citados por su buen acierto.

Las recomendaciones, no la necesitan; se recomiendan ellas mismas.

Otro:

La mujer del papá, comedia en dos actos, arreglada del *vaudeville* francés *La femme á papa*, por el señor Pina Dominguez. Aunque considerada en el género de *brocha gorda*, gustó al público predilecto de este teatro,—burgueses en su mayoría—que traga todas las inverosimilitudes y absurdos con tal de que le hagan reir.

La interpretación, buena para el que no haya visto esta obra hecha por la Judit, artista para quien escribieron *La femme á papa*.

El señor Pina fué llamado varias veces al palco escénico en unión de la Rosario Pino que imitó á la Judit lo mejor que pudo.

La mujer de Papá dará buenas entradas á la empresa, pero también dará entrada á ciertas jóvenes alegres que asisten á las últimas funciones de *Apolo* y *Eslava*.

Créanos la empresa: no podía haber hecho nada peor que introducir el *vaudeville* en medio de la seriedad que tenía este teatro.

Se me olvidaba hablar algo de la música, la cual es alegre, pero muy inferior á la que nos dan Chapi, Chueca y otra infinidad de maestros españoles,

ESLAVA.—¡Al fin hicieron un trabajo lucido los Sres. Perrin y Palacios!

Titúlase su última obra *La salamanquina*, y en ella se desarrolla una fábula que, aunque antiquísima é inverosímil, tiene escenas cómicas de muy buen efecto.

El maestro Marqués, autor de la música, ha contribuido mucho al buen éxito de la zarzuela.

La ejecución y el vestuario muy por debajo del libro y de la música.

Los Circos de *Parish* y *Colón*, han inaugurado la temporada, y, á pesar de lo ofrecido, sin ninguna novedad digna de citarse; es decir, sí, merecen citarse: en el primero, la supresión de una fila de sillas que han invertido en las otras filas haciendo imposible el tránsito y la comodidad; y el segundo, veinte señoras que sirven la pista, las cuales—según el cartel—son «veinte bellísimas y elegantísimas señoras» y que, según nuestra opinión, no son más que señoras, ó señoritas.

TARTARIN

MISCELÁNEA

Un sietemesino y su criado:

—Bautista, creo que este mes nos hemos olvidado de pagar al casero.

—Tiene usted razón, señorito... Somos unos animales.

Cantares

Accs' unbras á llevar
alfileres en el pecho.
¡Ponme á mí por alfiler
en tan buen alfiletero!

Eres tan caritativa,
que con limosnas de besos
has de acabar tus mejillas.

Que tu novio está hidiófobo
claro se prueba,
porque sue'ta la baba
cuando te besa.

ANDRES GONZALEZ LOPEZ.

En una agencia de matrimonios:

—La novia que le he proporcionado le trae á usted cien mil duros.

—¿No podría traerlos... y volverse?

¿Por qué tu madre, Jacinta,
te guarda con tanto esmero?
¿Para qué cerrar un cofre
que no tiene nada dentro?

Se acerca un hombre de ma'a facha á un caballero y le dice:

—Yo tengo idea de haberle á usted visto en alguna parte.

—¡Imposible! ¡Yo nunca he estado en Ceuta!

Un inconveniente

Perdone usted señorita,
que la diga que la adoro,
que su amor es mi tesoro,
y que es usted muy bonita.
Que ese mirar tan traidor
con su fuego me fascina,

y que su boca es divina,
y su talle encantador.
Que sus manos son chiquitas
y más blancas que la nieve,
y además que es su pié breve,
y sus orejas bonitas.

Pero hablando con franqueza,
á mí no me gusta usted,
y el por qué se lo diré
con mi peculiar rudeza.

Aunque es su edad juvenil
se puede guardar su dote,
por que tiene usted un bigote
¡como el de un guardia civil!

JOSÉ DOZ DE LA ROSA.

En una tienda:

La señora.—Bueno, ahora deme usted la factura.

El dependiente.—Aquí está.

La señora.—¡Qué escándalo! ¡Mil quinientos reales!

El dependiente.—No se ha puesto nada de más.

La señora.—Es usted un cantante excelente.

El dependiente.—¿Cómo?

La señora.—Porque habrá pocos tenores que den notas tan elevadas.

DOLORES ABRIL

Más de una vez habíamos aplaudido á esta discretísima artista, cuando formaba parte de la compañía de verso que dirige el Sr. Mario, y nunca nos pudimos imaginar que se había de dedicar al canto. Así lo ha hecho debutando en el Teatro Principal de esta ciudad y en la compañía que dirige el tenor señor Bergés, habiéndose hecho aplaudir desde la primera noche, pues revela la Srta. Abril excelentes condiciones como artista de zarzuela. Nosotros unimos nuestro aplauso al que le tributa constantemente el público.



D. F.—Lo insertaré.

L. B. F. Valencia.—Dejemos lo del artículo; le insertaré á usted lo de *Planchas*.

S. de C.—Sus composiciones no son propias de un semanario festivo como es LA SAETA; y lo siento, porque están bien.

N. G. V.—Los versos veré de insertarlos. Tendré presente la observación que V. me hace.

A. M. de G.—Quiero copiar el final de su composición porque bien lo merece:

«¿No te acuerdas aquel día de caza
que yo de sed me moría
y tu con triste melodía
me dastes una calabaza?»

Ahora puede V. pedir como recompensa la cruz de Puerta Cerrada.

Cucufate. Madrid.—Cuide V. un poco más la forma y la puntuación V. vale, pero hay que meditar más los trabajos. Yo le insertaría á V. todo lo que me envía si no tuviese siempre que arreglarle algo V. me dispense la franqueza, pero como le estimo y quiero que progrese por eso le digo á V. la verdad. Supongo que no se me vaya V. á enfadar como ha hecho algun otro en quien veía condiciones y que se me ha puesto furioso porque intenté corregirle.

A. G. L. Madrid.—Irán algunos cantares.

J. P. Madrid.—Irá.

C. L.—No sirve.

A. A.—Va uno.

EN LA ANTESALA DE UN MINISTRO



Estaré con humildad
para pedirle un destino.
Si no me lo dá, le cojo
por el cuello... y le asesino.

ANUNCIOS

BIBLIOTECA PARA TODOS

Ocho tomos ilustrados y con cubiertas al cromo, que forman una interesante novela.—Precio de cada tomo 15 céntimos en toda España.

BIBLIOTECA DE BOLSILLO

Colección de novelitas, cuentos y anécdotas, compuesta de cinco tomos ilustrados con bonitos grabados.—Precio de cada tomo 15 céntimos en toda España.

LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL
FESTIVO, LITERARIO E ILUSTRADO

—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—

España: Semestre, 5 ptas. — Año, 8 ptas.
Extranjero y Ultramar: Año, 15 ptas.

No se admiten suscripciones por menos de medio año en España, ni por menos de uno en el extranjero. Pago adelantado en letras de fácil cobro ó sellos de franqueo. — Las suscripciones empezarán el 1.º de cada mes.

GUIDADITO CON ESTO

Elegantes tomitos con grabados y cubierta al cromo, que contienen poesías, novelas y cuentos de varios autores. Se compone la colección de 10 tomos al precio de 15 cénts. en toda España.

TRES MILLONES DE CHISTES

Gran colección de chistes, epigramas, chascarrillos, anécdotas y poesías festivas, ilustrados con profusión y lujo y con bonitas cubiertas al cromo. Van publicados 46 tomitos á 15 céntimos uno y en prensa la continuación

Para los pedidos y correspondencia dirigirse á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco n.º 5—BARCELONA

CORRESPONSAL EXCLUSIVO EN MADRID para la venta de LA SAETA, D. Julián Rodríguez—Acha S.º Bernarde. 27, bajo